

El suicidio desde Platón y Karl Marx. Dos visiones distintas ante un mismo problema filosófico

Suicide since Plato and Karl Marx. Two different visions before the same philosophical problem

Por: Víctor Ernesto Valdivieso Carrillo

Universidad Autónoma de Colombia

victorvaldiviesoc@gmail.com

Recepción: 08.08.2017

Aprobación: 12.09.2017

No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía

Albert Camus, *El mito de Sísifo*

Resumen: *En este ensayo abordaré la reflexión sobre el suicidio que se lee en Platón y en Karl Marx. Aunque estos dos pensadores conservan posturas distintas sobre este tema, lo interesante es ver algunas conexiones entre ellos. Vale decir que Platón deja entrever en El Fedón una reflexión sobre el suicidio, a partir de la pregunta sobre la actitud que debe asumir el filósofo frente a la muerte. Para él, aunque el filósofo debe prepararse y abocarse hacia el deceso, no debe hacerse daño ni disponer arbitrariamente de su vida. En cambio, Marx se ocupa de este tema al notar que, según los informes policiales de Peuchet, el suicidio es uno de los síntomas más visibles que se derivan de la degradación social que produce el capitalismo. Marx no condena el suicidio y comprende sus motivaciones, pero considera que en lugar de evadir la vida se debe optar por la revolución.*

Palabras clave: *Muerte, suicidio, filosofía, revolución.*

Abstract: *In this essay, I approach Plato's and Karl Marx's reflection on suicide. Even though these thinkers conceive such reflection from different stances, their convergence makes this an interesting case to consider. It is important to mention that Plato's 'Phaedo' suggests a reflection on suicide from a question related to the position a philosopher*

ought to adopt towards death. For Plato, despite the philosopher's duty of preparation for his/her decease, neither self-harm nor arbitrary decisions to end his/her life should be conceived. Marx, on the other hand, asserts that, according to Peuchet's police reports, suicide constitutes one of the most salient symptoms of social degradation derived from capitalism. Marx does not condemn suicide and understands its motives. Albeit, he maintains that, rather evading life, one ought to opt for revolution.

Keywords: Death, Suicide, Philosophy, Revolution.

Introducción

El suicidio es un problema social que inquieta a las esferas del poder que dominan nuestra realidad. Tanto es así que el orden gubernamental construye estadísticas y planes de control poblacional con el ánimo de diseñar estrategias para capturar, agenciar y regular el problema, tal como lo mostró Michel Foucault (2005), en *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Esto es sumamente evidente, sobre todo hoy día, cuando el suicidio parece ser un problema que se expande agresivamente por las nuevas generaciones.

Ahora bien, es claro que no sólo el orden gubernamental se ocupa sistemáticamente de este asunto. Otras disciplinas que se inquietan sobre las cuestiones humanas, por ejemplo como la filosofía, han reflexionado, desde tiempos inmemoriales, sobre el suicidio. Esto, quizá se explique con el hecho de que, tal como lo pensó Camus, el suicidio es un problema filosófico de gran envergadura, especialmente porque cuando la filosofía se ocupa del suicidio, indaga sobre el sentido de la vida misma.

En coherencia con lo anterior, lo que pretendo en este texto es contribuir en esta disquisición que asedia nuestra existencia. Quiero indagar sobre si es lícito o no optar por el suicidio, teniendo en cuenta las circunstancias que hacen penosa la existencia. Este problema lo abordaré explorando dos visiones sobre el tema, a saber: La de Platón y la de Marx. En primer lugar, analizaré este tema a la luz de los postulados platónicos. Si bien este filósofo no analizó a fondo el tema del suicidio, sí tematizó sobre la muerte y la actitud que debería tener el filósofo frente a ella. Dicho sea de paso, lo que dijo y lo que calló, fundamentalmente en el *Fedón*, es lo que asumiré como la postura del filósofo griego sobre el tema del suicidio. Por su parte, en un segundo momento, examinaré la posición que asume Karl Marx sobre el suicidio, en un texto esotérico, de los *Escritos de*

juventud. Por último, mostraré los nexos o las distancias que se puedan establecer entre estos dos autores.

I. Platón, el problema del suicidio que se deriva de la actitud del filósofo ante la muerte

Como se anunció, el problema del suicidio es tratado por Platón, muy tangencialmente, en el *Fedón*, aunque otros comentaristas también aluden a *Las Leyes* como otro diálogo en el que se aborda dicha cuestión. Mi análisis se limitará, no obstante, a lo dicho en el *Fedón*. Lo primero que debo señalar es que en este diálogo, además de exponerse la teoría de las ideas, se analiza la actitud que el filósofo debería tener, al igual que la pregunta sobre si es lícito o no optar por el suicidio¹.

El contexto del diálogo tiene como telón de fondo la solicitud que le hace Equécrates a Fedón para que éste le relate las horas previas a la muerte de Sócrates. Como se sabe, el maestro de Platón fue condenado a beber la cicuta por corromper con sus enseñanzas a la juventud y por tender hacia la impiedad. Con todo, en lo que nos compete, Fedón le cuenta a su contertulio las enseñanzas que profirió Sócrates a sus amigos, aquellos discípulos que asistieron muy temprano a oír al apacible maestro. La tranquilidad de Sócrates, ante su inminente muerte, inquietó a los asistentes, sobre todo porque ellos no podían ocultar su congoja. Entre lágrimas de unos y los alaridos de Jantipa (compañera del sentenciado), Sócrates emprende el ejercicio filosófico como una forma de consuelo.

La pregunta que se abordó en ese instante previo a la muerte es la de cuál es la actitud que se debería tener ante ella, en especial, la que debería tener un filósofo, es cuál es la actitud que debería tomar ese hombre. Aquel que es verdaderamente filósofo no le teme a la muerte o hacer filosofía es prepararse para ella porque como señala Montaigne, invocando a Cicerón:

El estudio y la contemplación retiran en cierto modo el alma fuera de nosotros, y la ocupan aparte del cuerpo, lo cual constituye cierto aprendizaje y cierta semejanza de la muerte; o bien que toda la sabiduría y la razón del mundo, se resuelve, a fin de cuentas, en enseñarnos a no tener miedo a morir (Montaigne, 2007, p. 84).

¹ Ver este tópico desde la numeración *61b* hasta *69e*.

Pero no sólo eso, Sócrates conversando con Cebes dice que:

Dile, pues, estas cosas a Eveno, Cebes, y salúdale de mi parte; y añádale que, si obra sabiamente, me siga lo más rápidamente que pueda. En cuanto a mí, parto hoy, según parece, pues los atenienses me lo ordenan (Platón, *Fedón*, 61c).

Esa exhortación la hace Sócrates para que Cebes le transmita a Eveno la orientación de seguirlo en su destino, porque el hombre que se ocupe dignamente de la filosofía debe añorar la muerte, aunque como lo señala: *no ha de hacerse violencia a sí mismo, ya que eso dicen que no es lícito* (Platón, *Fedón*, 61c) Es decir, el filósofo debe encarar la muerte sin caer en el suicidio, puesto que, evocando a Filolao, esto no está permitido.

Ahora bien, ¿Por qué el filósofo debe seguir a alguien que “desea” la muerte? y ¿por qué no está permitido suicidarse? Frente a lo primero lo que se debería entender, en clave platónica, es que la existencia no se limita a lo corpóreo o lo sensible. Es en el tránsito de la vida sensible a otra “vida” suprasensible que ésta se realiza verdaderamente. Para Sócrates ir a la otra vida es ir a encontrarse con los dioses, sabios y buenos hombres. Por eso señala que:

[...] deben saber ustedes que mi esperanza de ir al encuentro de varones buenos no lo he de sostener con mucha fuerza; pero, en cuanto a marchar junto a dioses, ambos absolutamente buenos, si hay alguna cosa que pueda sostener con toda fuerza, es ésta (Platón, *Fedón*, 63c).

Por el deseo de estar con los dioses y guardianes de los hombres es que Sócrates, inicialmente, no se angustia ni se irrita ante el asedio de la muerte. Ahora bien, otra razón por la que es natural que un filósofo no se aterre ante la pérdida de la vida remite al hecho de que aquellos quienes: “se abocan correctamente a la filosofía no se preparan para ninguna otra cosa que para morir y estar muertos” (Platón, *Fedón*, 64a). De acuerdo con esto, examinaré las preguntas que se esbozan en el diálogo sobre este tópico, a saber: en qué sentido los filósofos desean la muerte, en qué sentido la merecen y qué clase de muerte se deben procurar.

De manera muy somera, lo que vale resaltar es que en primer lugar, según esta idea, los filósofos desean la muerte porque el cuerpo es la prisión del alma, y morir no es más que

desembarazarse o liberarse de esa prisión². Lo que quiero señalar es que el cuerpo atrapa al alma en la lógica de los meros placeres, apartándola de la recta virtud. Por eso un verdadero filósofo, a diferencia de los otros hombres, denostaría de la prisión por parte del cuerpo. Además el cuerpo, como mediación por los sentidos, nos aleja de la verdad porque solo puede percibir reflejos de las cosas y no las cosas en sí. Por ende el alma alcanza la verdad cuando no está encarcelada en el mundo sensible. Para constatar esto Sócrates le pregunta a Simmias y a Cebes si conocen a alguien que haya visto, por medio de los sentidos, la idea de algo bello en sí, algo bueno en sí y algo justo en sí. Desde luego que no, contestan sus interlocutores. Sólo el alma puede conocer las cosas en sí, no el cuerpo, y dado que el filósofo persigue la verdad, siempre priorizará el despliegue del alma y no de lo corporal: así purificados, tras habernos desembarazado de la locura del cuerpo, probablemente estaremos junto a “cosas” semejantes, y por nosotros mismos conoceremos todo lo incontaminado (Cfr. Platón, *Fedón*, 67a).

Por otro lado, ¿por qué merece el filósofo la muerte? lo que uno podría inferir es que el distanciamiento con los placeres y el goce propio del cuerpo, ponen al filósofo al otro lado de la trinchera del hombre común, lo cual le implica una negación social. No hay nadie más defenestrado por las masas, el poder y la cultura que un verdadero filósofo, porque cuando él despliega su espíritu crítico, pone en cuestión las verdades normalizadas por una sociedad, al punto de ser peligroso para las estructuras de poder. Y por último, ¿qué clase de muerte es la que merece el filósofo? Frente a esto es claro que para Platón el camino que debe seguir es de aguardar su momento, su destino, y no disponer arbitrariamente de la vida. Ahora bien, ¿por qué para Platón no es lícito suicidarse? porque parece que: “creo que está muy bien dicho, Cebes, que los dioses son nuestros guardianes y que nosotros, los hombres, somos unas propiedades de los dioses” (Platón, *Fedón*, 62b).

De esa manera la vida es un bien apropiado por los dioses. El ejemplo que en el diálogo ilustra esto es el del esclavo que dispone de su vida sin contar con el consentimiento del amo. Según Sócrates, esta decisión enfurece al esclavista, tanto como a los dioses. Es decir, la vida se puede entender como un asunto ajeno, que no le pertenece a quien vive sino a quién dispuso que uno viviera. Por eso, de lo que se trata es de aguardar el momento

² Esta afirmación, bastante famosa está en el diálogo en (64c).

en el que los dioses le deparen a uno la muerte, tal como le sucedió a Sócrates con la condena que le hicieron los atenienses. De otro modo, la razón para no optar por el suicidio es que, como estamos al cuidado de los dioses, pertenecemos a ellos.

Cabe aclarar que la mención al suicidio es insuficiente porque solo se limita a esta razón mencionada. Lo que nos queda es desplegar el sentido interpretativo para ahondar en el tema. Frente a esto voy a sugerir tres elementos para la discusión. Primero, a mi juicio, en esta tradición filosófica existe una especie de enajenación frente a la vida. Es decir, la vida nuestra, por ejemplo la de Sócrates, aunque le compete a él, no es de su propiedad. Esto conduce a una sumisión absoluta frente a ella, sobre todo si la vida no es digna de ser vivida. Por eso el escepticismo hacia el teísmo siempre ha preguntado ¿por qué los dioses, todopoderosos y buenos, que cuidan de nosotros, nos arrojan a los infortunios de la vida? Con todo, lo que quiero decir es que parece que la consecuencia más próxima de esta actitud nos convierte en espectadores apacibles frente a las inclemencias de la misma vida. De lo que se trataría, en clave platónica, es de administrar las penurias. Segundo, si pensamos en que optar por el suicidio es tomar aquello que no es nuestro, es posible indagar sobre ¿quién es el que, en realidad, toma lo ajeno? Porque podría pensarse que son los dioses, y la idea que tengamos de ellos, quienes usurpan y deciden sobre lo que no les pertenece, por el hecho de que la vida es un regalo que ellos nos dieron, y como dice el adagio popular, lo que se regala no se pide. Por tanto, cada uno decide libremente el destino que le quiere dar al regalo que ahora posee. De ahí que, por ejemplo Séneca, considerara que el suicidio es el verdadero ejercicio de la libertad humana cuando ya no quedan más alternativas para dignificar la vida. Por último, como tercera medida, parece que Platón considera que la filosofía es el mejor camino de apaciguar los avatares de la existencia. En consecuencia, la filosofía es una manera de consolación, de analgésico para sobrellevar las grises circunstancias que merodean nuestra vida, como en el caso de Sócrates. Así las cosas, antes que el suicidio, de lo que se trata es de filosofar.

II. Marx y el suicidio

Otra idea sobre el suicidio, quizá terriblemente distinta, es la que se puede leer con Karl Marx. La idea de que el suicidio es una consecuencia, a penas normal, de la nula existencia que se deriva de sistemas sociales injustos y desiguales. De lo que se trataría es de comprender el fenómeno y no negarlo, es decir, más allá de los sistemas filosóficos

que explican la vida sin tenerla en cuenta, la tarea del pensador sería la de comprender la realidad social que emerge e influye en nuestras vidas. Por ende, quizá en caso de que las circunstancias lo obliguen, el suicidio si pueda ser una opción plausible, lícita.

No hace mucho tiempo vio la luz en nuestro idioma el texto que el filósofo alemán escribió en 1846. Dos son las ediciones más autorizadas en español que han revelado las reflexiones de Karl Marx sobre un problema social, que para su época, más que público, era un problema del ámbito privado. La primera edición apareció en el año 2012 en Argentina, bajo la publicación de El viejo Topo, traducida y comentada por Nicolás González Varela. La otra edición, también del año 2012, fue publicada por la editorial Las cuarenta, también de Argentina. Esta vez, con la traducción y la introducción de un estudio preliminar por parte de Ricardo Abduca. Como yo lo veo, estos datos permiten vislumbrar que es un texto poco estudiado por la academia e incluso por los círculos de estudios que se asumen marxistas.

Acerca del suicidio llama la atención no solo por su carácter “encriptado”, sino por las menciones a la cotidianidad humana que se leen en el texto. Un libro destinado a la vida y no a las abstracciones filosóficas ni a las fórmulas económicas³. En la edición que trabajó Abduca, se leen tres textos inéditos de Marx. El primero, *Peuchet: sobre el suicido*, en verdad, es una reseña o una traducción comentada que hizo el filósofo de Tréveris en 1846, sobre los informes policiales de París que escribió Jacques Peuchet. El segundo texto, titulado como *El encarcelamiento de Lady Bulwer Lytton*, trata del confinamiento a un sanatorio que padece esta mujer por parte de su familia, sin siquiera tener desórdenes psiquiátricos. Lo que allí relata Marx, anticipándose a Foucault, es la proliferación de enfermos mentales, o gente desahuciada (indigentes, pobres extremos, enfermos, etc.) que se aislaban o se confinaban lejos de la gente “normal”, cuando la bonanza económica aumentaba. De esta reflexión se desprende el tercer texto, el cual bien podría ser la continuación del encarcelamiento de Lady porque Marx se centra en el análisis del *Aumento de la demencia en Gran Bretaña*. Lo que se muestra en este ensayo es una de las paradojas o contradicciones más efectivas en el capitalismo, a saber: entre más aumenta la riqueza en una sociedad, más aumentan los miserables que la componen. Dice Marx (2012): “Quizás no hay hecho mejor establecido en la sociedad británica que

³ Aunque no siempre la filosofía y la economía pierden de vista la cotidianidad.

el de la correspondencia entre el crecimiento de la riqueza moderna y la indigencia. Cosa curiosa, la misma ley parece confirmarse respecto a la demencia” (p. 117).

Ahora bien, como el problema no es la demencia –aunque esté en el texto- sino el suicidio, me ocuparé del primer escrito que aparece en esa colección llamada *Acerca del suicidio*. Esta reseña muestra, como lo dice Abduca resaltando a Michel Lowy, la vida privada y los casos concretos de seres que deciden acabar con su vida. Es un Marx distinto, no está atacando al Idealismo Alemán, ni polemizando con Hegel, ni tampoco ajustando cuentas con Lassalle. Todo lo contrario, el objeto del texto es mostrar las circunstancias menesterosas que padecían, en especial, las mujeres de la época. Es más, el relato de archivo policial de Peuchet, muestra el caso de tres mujeres, un tanto anónimas, que se suicidan por diversas razones. Como contexto del ensayo, nos dice Abduca que:

Este texto sobre el suicidio, escrito en Bélgica, corresponde a un momento del itinerario de Marx que va de su estancia en París a la explosión del 48 y su exilio final en Londres. De la crítica de Bauer a la crítica de Proudhon. Es, en términos más amplios, de la crítica a Hegel a la crítica de la economía política. En ese tránsito se ubica este texto. (Marx, 2012: p. 14).

El texto vio la luz en una revista socialista llamada *Gesellschaftsspiegel* (Espejo de la Sociedad). Una revista de educación proletaria y propaganda obrera. Se dice que el texto se tradujo y se reseñó con la idea de mostrar a Friedrich Engels, su amigo y camarada entrañable, y a Moses Hess, las vivencias cotidianas del ser humano en el sistema capitalista.

Según Abduca, para Marx el texto de Peuchet muestra un problema social, como el suicidio, desde muchas variantes. Al igual que la polémica que desató contra Bruno Bauer sobre la Cuestión Judía, Marx quería evidenciar y mostrar a los suyos –socialistas- que el ejercicio del pensamiento, de la filosofía, tiene que devenir crítica social y no crítica metafísica. Es decir, debe ocuparse de las relaciones sociales de producción, de las formas de explotación, de las consecuencias –como el suicidio- de la miseria, de la pobreza extrema, del hambre, de las enfermedades intratables por la escasez, etc., y no de las cosas del más allá. Así se lo decía a Bauer, el problema no era la crítica religiosa, sino la crítica social. El asunto con los judíos, no era que se les reconociera su religión y así encontrasen una forma de emancipación política en medio de un totalitarismo cristiano, sino que se

emanciparan en tanto seres humanos, incluso de las relaciones con el Estado, que fungía como árbitro en medio de la explotación. Pues bien, en eso estriba la importancia de la traducción comentada.

Como lo señala Abduca, para Peuchet, cosa que comparte Marx, las razones del suicidio tienen que ver con la influencia del desempleo y la miseria. Pero también la deshonra, la desdicha, la injusticia, etc., potencian el suicidio en las sociedades. Es decir:

La cifra anual del suicidio no es sino un síntoma de la organización defectuosa de la sociedad moderna, ya que en tiempos de hambrunas, de inviernos rigurosos, el síntoma siempre es más manifiesto, de manera que toma un carácter epidémico en momentos de desempleo industrial y cuando sobrevienen las bancarrotas en serie. (Marx, 2012, p. 66).

El texto de Peuchet habla de algunos casos concretos que le llegaron a su despacho policial sobre el suicidio. En especial el de tres mujeres. El primer caso es el de una mujer, hija de un sastre, quien iba a esposarse en breve de su amado. Parece ser que en la fiesta de antesala a la boda, decidió quedarse –arrastrada por el calor del licor y el placer de estar con su querido- a dormir en casa de su amado, sin consentimiento de sus padres. Al otro día, al volver a casa, se encontró con la reyerta que le armaron sus indignados padres. Según ellos, el nombre de la familia se había mancillado. La mujer, sometida al escarnio público, decidió quitarse la vida, antes que cargar con el lastre de la indignidad. No había cometido ningún pecado, pero antes de estar en la palestra por inmoral, consideró que era mejor morir. Pues bien, lo que ahí se deja entrever es la importancia y la influencia de las relaciones sociales y los dogmas de la cultura en el destino de nuestras vidas. Hoy ese tipo de deshonra es irrelevante, pero para la época y sus códigos morales era una cosa intolerable.

La segunda historia cuenta el encierro que padeció una mujer por parte de su esposo, un hombre celoso que antes que permitir que ella viera el mundo y a otros hombres la condujo al suicidio. La volvió prisionera de él, de sus celos y sus afecciones psicológicas. Ella se mata y el cuñado, un hombre que la amaba silenciosamente, denuncia al marido –o sea a su hermano- por conducirla a la muerte. También, el amante silencioso solicitó que no le entregaran el cuerpo inerme de su amada al verdugo. Peuchet, comprendiendo la situación, aconsejó el silencio para evitar la duda sobre la concupiscencia entre el cuñado y la mujer. Aquí, la pérdida de valor de la vida, la imposibilidad de escapar del encierro y el dominio patriarcal la condujo a renegar de la existencia. Cabe agregar que

para la época la mujer era dependiente absoluta, económica y tutelar, del marido. Hoy la cosa es un poco distinta, pero entonces, la mujer era una propiedad del hombre, o así se concebía. Si la mujer era una propiedad del hombre, el hombre era una propiedad de los dioses, tal como lo supuso Platón.

La tercera historia sobre el suicidio versa sobre el caso de un joven norteamericano, llamado Wilfried Ramsay, quien se quitó la vida por la vergüenza que le ocasionó la cobardía de no batirse a un duelo. De nuevo, los códigos morales de una cultura hacen que aquel que no se acomode a sus normas opte por cegar su vida. Un varón que no haga cosas de varones es un “raro” que no merece aceptación.

La cuarta historia relata el suicidio de una mujer que asedia a un médico para que le practique un parto que le permita salvar la vida de la criatura que lleva en su vientre, porque ella se iba a matar. La mujer somete al doctor a un chantaje, casi que lo responsabiliza de la vida del bebé. O le practica el aborto antes que ella se suicide, o el médico se responsabiliza de la muerte del que viene en camino. El doctor no accedió y luego notó en los obituarios que, en efecto, la mujer se quitó la vida. Era familiar de un prestigioso banquero, quien se supone la embarazó. Se suicidó antes que la esposa de su familiar descubriera que el hijo era fruto de una infidelidad.

La última historia que reconstruye Marx, de los informes de Peuchet, es la de un hombre que decidió suicidarse por perder un trabajo. Fue despedido de la casa del rey y a su edad ya no tendría manera de conseguir el sustento vendiendo su fuerza de trabajo. Prefirió la muerte antes que caer en la impotencia de no poder conseguir el pan. Como se ve, en este valle de lágrimas, muchas son las causas del suicidio. Van desde la vergüenza, el rechazo al qué dirán, la impotencia al verse cesante, etc. La miseria también juega un papel importante ante esta situación. O sea, las circunstancias concomitantes a una realidad de cosas inhumanas. Ahora bien, para Marx, estos elementos deben ser comprendidos porque develan las situaciones cotidianas que padecen las clases sociales. Es decir, como lo escribió el mismo filósofo de Tréveris, en los escritos de Peuchet se lee mejor la sociedad que en los conceptos abstractos de los “atolondrados socialistas”.

III. Encuentros y desencuentros: Platón VS Marx sobre el suicidio

Sin embargo, aunque no es claro si Marx, como Séneca, considere que el suicidio es un acto de libertad, lo que sí es claro es que, a diferencia de Platón, Marx no niega esa circunstancia, a la que comprende como una consecuencia del mismo estado de cosas, del mismo sistema social. Como para Marx el problema no es religioso ni compromete al más allá, el suicidio es un opción válida. Quizá sea muy dicente el hecho de que dos de las hijas de Marx, Eleonor y Laura, hayan elegido quitarse la vida. La primera decidió matarse ante un aparente caso de decepción amorosa y Laura, por su parte, se quitó la vida en compañía de su esposo, Paul Lafargue⁴, cuando sintieron que la edad y el tiempo acechaban sus fuerzas vitales. Cabe aclarar que ellas se suicidaron no porque él les haya orientado hacia ese camino, sino que, a lo mejor, como ese problema es desprovisto de todo hado místico, el suicidio es visto como un hecho normal. Platón, en cambio, consideró que, a pesar de la ignominia a la que sea sometido el hombre, no se puede disponer libremente de la vida porque esta le pertenece a los dioses. Por esto para Platón no es lícito quitarse la vida, sobre todo porque el suicidio implica que el alma padecerá de futuros tormentos. Desde luego, Marx nunca compartiría esa creencia, de hecho considera que las ficciones religiosas ocultan los verdaderos padecimientos sociales y evitan la rebeldía de la gente. Creer en lo que sugirió Platón es una forma de “opio” que se le aplica al pueblo.

Por otro lado, según lo veo, para Platón aunque el filósofo deba buscar la muerte, no se ve que quitarse la vida tenga que ver con asuntos sociales, sino con un mero asunto individual, como un cuidado de sí. En cambio para Marx como el ser es un ser social, todo lo que atraviesa la existencia tiene que ver con hechos compartidos y construidos en una misma sociedad.

Otro rasgo importante a resaltar entre estos dos autores es el papel que cumple la mujer en la reflexión filosófica. Platón, en este Diálogo, no menciona a la mujer salvo para mostrarla, invocando a Jantipa, como el arquetipo de la intemperancia, del lloriqueo. Como la mujer no puede contener, virtuosamente su dolor, debe retirarse o excluirse de la discusión filosófica. En cambio Marx le da un lugar central a la mujer en sus

⁴ Revolucionario Cubano-francés que ayuda a publicar textos del mismo Marx y quien escribió un texto emblemático: *El derecho a la pereza*.

reflexiones. Quizá porque comprende que en este mundo de injusticias, es la mujer, en especial la compañera del proletario, la sometida, la ultrajada y la defenestrada por el capitalismo y el código patriarcal.

Por último, una hipótesis de lectura que sugiero es que quizá haya un punto de encuentro en estos dos esquemas teóricos sobre el suicidio: El hecho de que habrán formas de consolar las causas que conducen al suicidio. Para Platón antes que suicidarse es mejor filosofar. Para Marx, y esto no lo dice él sino lo intuyo yo, en lugar del suicidio es mejor optar por la revolución. Así como en lugar de dedicarse a rezar es mejor organizarse políticamente, creo que puede pasar lo mismo con el tema del suicidio. Porque, en últimas, aunque el suicidio para Marx es una consecuencia lógica de las penurias sociales, cuando alguien se suicida no contribuye a modificar las estructuras sociales que conducen al suicidio, cosa que sólo la revolución lo hará.

Referencias

Camus, A. (1995). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial.

Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

Marx, K. (2012). *Acerca del suicidio*. Buenos Aires: Las cuarenta.

Montaigne, M. (2007). *Los ensayos*. Barcelona: Acantilado.

Platón. (2006). *Fedón o de la inmortalidad del alma*. Buenos Aires: Eudeba.

Séneca. (1986). *Epístolas morales a Lucilio*. Madrid: Gredos.